Rafael Roldán Auzqui

AQUÉL GABRIEL

A Gabriel García Márquez,
in memoriam.

No
no era el Arcángel
tampoco el presunto moribundo
que se despedía de la gente
desde las pantallas de Internet.
Aunque sí tenía alas
y -a la vez- un irreverente entusiasmo.
Con ellas y su poderosa imaginación
desplegó un mundo de prodigios
en torno de su mítica Macondo.
(Hay quienes están intentando
—con afán quijotesco—
que sustituya esa creación verbal
al nombre originario de su ciudad:
¿acaso la fantasía supera a la realidad?).
Sin duda fueron sus alas
las que llenaron de luz y magia
el duro escenario donde emergieron
y un día alcanzaron tal dimensión
—a pesar de ser tan humanas—
que fueron más allá de este mundo:
a la Macondo Celestial
donde todo es posible
y es allí donde él ha decidido disfrutar
—por una maravillosa temporada—
de su verdor y de su música
y de sus sabores incomparables.

Quizá cien años le sean pocos:
en esa Macondo no existe la soledad
que él tanto temiera

y que nunca
nunca lo alcanzara.

HAIKUS DE OTOÑO

Luces y sombras
juegan en el otoño...
¡con su amarillo!

Niebla de otoño:
entre las ramas secas
el cielo espera...

Noche otoñal:
la luna va entre nubes...
La apura el viento

Recordándote, Borges

A J.L.B.
In memoriam.

Una mujer te trajo a este mundo.
Otra te acompañó
hasta los umbrales del más allá.
Ciego fuiste aquí
-para leer aun en la oscuridad-
y -seguro- eres vidente
donde quiera que estés.
Luz y sombra fueron las espadas
con que enfrentaste los desafíos de tu vida.
Esta ilusión de sobrevivirte
me sobrecoge a cada instante:
¿quién sobrevive a quién?
Te conocí en mi adolescencia
y -desde entonces-
leo y releo tus escanciados versos

y -con infructuosa paciencia-
busco el poema que te dedicara
cuando todo en vos se hizo inmortal.
(Quizá tus fantasmales manos
están gestando con él
una merecida antología del olvido).
Mientras pienso y medito
en el ir y venir del tiempo
me doy cuenta
de que ya no es tu muerte
la que me apremia
ni la inmediatez
de la conferencia
que tu fama te impidió dar
en la Córdoba de los setenta.
Ya no es tampoco tu recuerdo
que -subrepticio- se deslíe
en mi esta evocación evanescente.
Sólo insiste en mi mente
-frente al prodigio de tus letras-
el saberte tan humano
que necesitaste una mujer
para venir al mundo
y otra para irte de él.
Esas bastaron para tu vasta literatura.
No
Borges
tu paradójico juego
de ser olvidado
nunca será posible.
Somos ya tres
quienes lo vuelven ominoso:
aquellas dos mujeres
que prologaron tu futuro
-en esta y en la otra orilla-
y yo -tu oscuro lector-
que no sabiendo si tendré tu dicha postrera
soñaré con ese sueño
y -mientras la vida se me escapa de las manos
como ese poema que alguna vez te escribí-
también -a no dudarlo-
te aferraré a mi memoria.